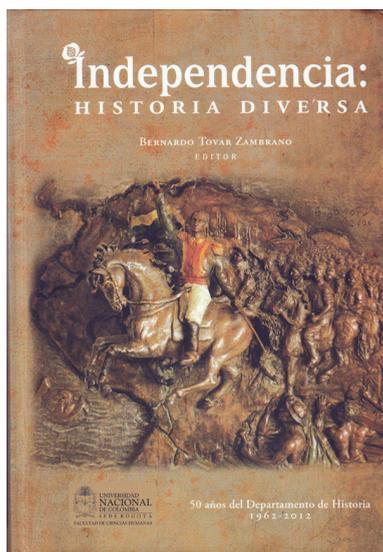


Reseña



Independencia, Historia Diversa

Bernardo Tovar Zambrano, Editor y compilador

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, 2012, 648 págs.

En el libro Independencia, Historia Diversa, cuidadosamente editado por el historiador Bernardo Tovar Zambrano, y con el cual estamos conmemorando los cincuenta años de fundación del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, volvemos una vez más sobre los temas y problemas relacionados con la Independencia de nuestro país, aprovechando que nos encontramos en medio de la conmemoración del bicentenario de ese proceso. Como lo dice su editor, los dieciséis ensayos que lo conforman no pretenden dar cuenta del proceso histórico como tal; en esta ocasión se trató más bien de que el conjunto de investigadores que conforman el

Departamento de Historia en la actualidad, presentaran sus versiones del proceso de Independencia, desde sus campos y temas de trabajo.

El libro se abre con una interesante reflexión del profesor Ricardo Sánchez, quien nos llama la atención sobre la importancia que tuvieron las corrientes sociales subterráneas para la definición del proceso de independencia. Desde su perspectiva, sólo es posible entender el concepto de democracia que existía a comienzos del siglo XIX en las colonias españolas, si se examinan los movimientos sociales y políticos.

Mediante el análisis detallado del comportamiento de los principales grupos sociales antes y durante la Independencia, el profesor Sánchez, muestra por ejemplo cómo al interior del grupo indígena hubo una variedad de respuestas frente a la conquista y la colonización española. Por ejemplo, nos recuerda cómo los dirigentes de las comunidades indígenas, los caciques, fueron cooptados por el gobierno español para que sirvieran de “correa de transmisión de las políticas de la corona española”, permitiéndoles conservar sus cargos frente a sus comunidades, pero revistiéndolos de otros roles y papeles como canales de comunicación con el poder español. De hecho esta jugada de la máxima astucia e inteligencia por parte de la avanzada española, complicó la vida de las comunidades indígenas, pues las colocó ante el dilema de repensar sus lealtades y su manera de ver a sus propias autoridades. Al mismo tiempo, para los caciques, la situación debió de ser sumamente complicada, por tener que ser voceros de los españoles, sin olvidar la defensa de los intereses de sus comunidades.

En contraste con lo anterior, el profesor Sánchez, hace referencia a aquellas comunidades indígenas que, en el territorio de la Nueva Granada, le presentaron una fuerte resistencia a los españoles y a sus pretensiones de colonización, y que, por tanto acumularon una larga experiencia de organización para la resistencia, aspecto que ha sido poco estudiado, y que de alguna manera es abordado por el profesor Mauricio Archila en el ensayo que se incluye en este tomo. Al estudiar estos largos procesos de resistencia habría que pensar en cómo los mecanismos de defensa desarrollados por las comunidades a todos los niveles, y no sólo en el terreno militar, se constituyeron en caparazones de protección para formas de pensamiento de esas comunidades que lograron sobrevivir hasta nuestros días.

Los movimientos de rebelión afrodescendiente en el contexto de la colonización neogranadina, tienen un papel destacado en el interesante ensayo del profesor Sánchez. La larga historia del éxodo africano y del trasplante violento y forzado de su cultura al territorio americano es destacada en el ensayo, para hacernos ver que estamos en deuda con el estudio de la presencia de las diversas culturas africanas en el territorio de la Nueva Granada. La larga tradición de resistencia y de rebeldía que caracterizó a las culturas afrodescendientes, a lo largo del proceso de colonización española en América, y que se expresó en la constitución de comunidades independientes de las autoridades españolas, llamadas palenques, nos habla de la existencia de un fuerte espíritu colectivo independiente en estas culturas.

Se conformaron palenques a lo largo del territorio neogranadino durante los siglos XVII y XVIII, y ello debería hablarnos de la fuerza y de la tradición de la resistencia afrodescendiente. Desafortunadamente, son pocos los historiadores que han visto la importancia de estudiar, entender y contar esta parte de nuestra historia, sobre todo si tenemos en cuenta que hoy en día una sexta parte de la población colombiana, siete millones aproximadamente, la constituyen descendientes de esos primeros pobladores afroneogranadinos. Un ejemplo de ello, lo encontramos en la historia de Benkos Biojó, quien luego de liderar la conformación de un palenque en las afueras de Cartagena, llegó a pasearse por las calles de “la heroica” vestido de español, haciendo uso de su derecho a ser tratado al mismo nivel de los españoles libres. Pero, con seguridad, otros Benkos Biojó están esperando a ser reconocidos junto con las comunidades de las que fueron líderes.

Si bien el ensayo del profesor Sánchez, encargado de abrir esta compilación, hace referencia a las rebeliones mestizas ocurridas en nuestro territorio, en especial a los movimientos relacionados con las protestas frente a las Reformas Borbónicas, y más específicamente contra la política borbónica de aumentar los impuestos en la segunda mitad del siglo XVIII, nos dedicaremos más bien a retomar la reflexión planteada por el autor sobre el concepto de democracia existente en las colonias a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. El profesor Sánchez nos invita a pensar en el papel que cumplieron con respecto al proceso de independencia el conjunto de movimientos sociales desarrollados con anterioridad. Al respecto dice lo siguiente:

“ De estos ríos profundos emerge la democracia en Nuestra América, la directa desde las bases, las comunidades y pueblos que constituyen el universo de los trabajadores y la de-

mocracia desde arriba, la que comienza con los intentos de las primeras repúblicas entre 1809 y 1810, la independencia y la república en un proceso de varios siglos.

El motor principal de los orígenes sociales de la democracia es la que construyen los trabajadores en su acción desde abajo, combinando la defensa de lo tradicional con las aspiraciones revolucionarias, la resistencia de la cultura material y el fortalecimiento de los lazos solidarios de lo comunitario”¹

En su tercer acercamiento a la Edad Media, después de haber pasado por dos etapas previas, una de enamoramiento y otra de alejamiento de lo medieval, Jules Michelet, descubre a *La Bruja. Un estudio de las supersticiones en la Edad Media*, título de su último trabajo sobre la sociedad medieval, que como bien lo señala Jacques Le Goff, es el descubrimiento de las corrientes subterráneas que atravesaron la Edad Media, que no son otra cosa que los movimientos disidentes, respecto a los dogmas católicos, todos aquellos grupos e individuos que tuvieron el valor de no renunciar a sus creencias y tradiciones y que, como consecuencia de ello, debieron de soportar persecuciones en una época que era intolerante con la disidencia. Al igual que Michelet, Ricardo Sánchez nos lleva a descubrir los “ríos profundos de los que emerge la democracia en Nuestra América”, y que casi siempre están constituidos por aguas que no queremos ver, pero que, a pesar de nuestra indiferencia o terquedad, existen y continúan circulando y ejerciendo influencias sobre la geografía de la superficie. En ambos estudios, parece estar latente la idea de que esas corrientes subterráneas contendrían en buena parte el germen de las nuevas épocas y de las sociedades e ideas que están por venir.

En el ensayo *Vencer o morir: la decisión heroica en la independencia de la Nueva Granada*, Bernardo Tovar se pregunta por el concepto de héroe en la Independencia, lo cual lo lleva a interesarse por el tipo de ideas y de sentimientos que tuvieron los criollos, los españoles, los mestizos y los demás grupos sociales frente a ese periodo. En su reflexión, el profesor Tovar considera que hubo dos momentos en el proceso de heroificación: uno, aquel en que los individuos y los grupos de la época debieron tomar medidas extremas como incorporarse a las tropas de uno de los dos bandos, y, dos, el momento de la construcción del recuerdo de lo acontecido en ese periodo, momento de la mirada retrospectiva, que, por lo general ha optado por magnificar los hechos y los personajes, moldeándolos de acuerdo con intereses ideológicos y políticos.

Enfrentados al hecho ineludible del conflicto y de la guerra en varios momentos del proceso, ¿qué ideas y qué sentimientos movieron a los neogranadinos a participar en cualquiera de los bandos en contienda? Con seguridad hubo muchas razones y una gran variedad de intereses tanto particulares como colectivos. Tuve oportunidad de constatar en la lectura de testamentos de este periodo, pertenecientes a miembros de los diferentes grupos sociales, que quienes iban a la guerra, estaban bastante conscientes de que su decisión podría acarrearles la muerte, y por ello, decidían dejar arreglados sus asuntos personales a través de la redacción de su última voluntad. Habría que analizar los diferentes momentos y situaciones que se presentaron a lo largo del proceso de Independencia,

1 Ver página 109

pero averiguar también qué tipo de comprensión tenían los individuos o grupos que decidían hacer parte de las tropas o marginarse de ellas, acerca de las circunstancias que vivían. ¿Hasta dónde se movían a partir de visiones fragmentadas de los acontecimientos, cada uno con la información que podía obtener según el grupo social al que perteneciera o el nivel de educación que tuviera o hasta el tipo de oficio que desempeñara?. ¿O se movían tal vez, por simpatías hacia algunos de los líderes de los movimientos o por lealtades familiares o regionales, tal como las conocimos en la violencia de mediados del siglo XX en Colombia?

Siguiendo con la idea del profesor Tovar, de distinguir entre el tipo de heroificación en el conflicto mismo y el que se dio con posterioridad al conflicto, por parte de quienes se han encargado de reconstruir esa memoria, sería posible pensar que sólo quienes tenían una mayor comprensión de los elementos políticos, ideológicos y militares en juego, es decir un pequeño sector de españoles y de criollos, tal vez alcanzaron a experimentar algún sentimiento cercano al heroísmo, por cuanto por tener una visión más completa de lo que estaba en juego tenían mayores responsabilidades frente a la conducción de esos procesos; debían actuar como estrategias, debían ser abanderados, debían dar ejemplo de valentía, debían colocarse a la vanguardia en todo momento. Es decir, el sentimiento de heroísmo en el conflicto mismo sólo fue posible para quienes tenían una posición privilegiada desde el punto de vista del conocimiento y de la comprensión del proceso que se estaba viviendo. Los demás, las masas, los soldados rasos, sin duda debieron afrontar con grandes dosis de valentía los momentos de peligro que debieron enfrentar, pero, podría pensarse que el heroísmo es directamente proporcional al grado de conocimiento de los asuntos que estaban en juego en un momento determinado.

Como estrategia militar, y con el objeto de lograr sentido de pertenencia y cohesión entre sus tropas, así como lealtad hacia la causa de la Independencia, Simón Bolívar recurrió a la estrategia de crear y nombrar los actos de heroísmo, exaltando las acciones de algunos de los miembros de sus tropas o del grupo en general. Este es el papel de un verdadero líder carismático, utilizando el concepto del sociólogo Max Weber, para quien los momentos de crisis de las sociedades, requieren con urgencia de líderes que logren guiar a la sociedad en caos hacia una nueva etapa, y en esos periodos de transición, de crisis de las instituciones tradicionales, las únicas voces que se escuchan y que tienen autoridad y poder son las de los líderes carismáticos. Buena parte de las acciones realizadas en el proceso de Independencia que hoy reconocemos como heroicas, y que son cantados por el himno patrio, adquirieron su carácter de heroicas porque fueron enaltecidos por Bolívar o por alguno de los miembros cercanos a su círculo dirigente, con la clara conciencia de que había que subir la moral de las tropas y de los grupos de patriotas. Una de esas historias es la de Antonio Ricaurte en la hacienda de san Mateo, de quien se dice que voló por los aires junto con las reservas de pólvora para impedir que los españoles se apoderaran de este importante armamento; historia que fue narrada y difundida por Bolívar; sin embargo, lo cierto es que en realidad no se sabe con seguridad en qué condiciones murió Ricaurte.

Dentro de la variedad de tipos de heroísmo a examinar en relación con el periodo de la Independencia, me parece importante mencionar un cierto tipo que llamaría *heroísmo colectivo ineludible*,

que surge por el hecho de que en determinados momentos de su historia los grupos humanos se ven abocados a enfrentar retos frente a los cuales no parece existir una alternativa diferente a enfrentarlos. Se trata de aquellos procesos que se van desencadenando por la acción de fuerzas colectivas; y si bien los individuos tienen un cierto margen de acción dentro de esos procesos, buena parte de su comportamiento debe circunscribirse dentro de esa oleada de grandes acontecimientos o de grandes tendencias. De esta manera, para los neogranadinos de las últimas décadas del siglo XVIII y comienzos del XIX, el río de la historia los conminaba a la urgencia de plantearse ciertas metas, ciertos objetivos, ciertos retos. Determinados periodos de la historia, los de transición, exigen de los individuos formas de actuación extraordinarias, que implican riesgo para la vida de los implicados. Son periodos en los que el dilema para los individuos de los diversos grupos sociales es de Vida o Muerte. Son periodos que casi no dejan margen para elegir el tipo de comportamiento a adoptar. Por tanto, en esos periodos extraordinarios, en los que la sociedad está en juego, a los individuos no les queda otro camino que minimizar el instinto de conservación y de supervivencia y hacer gala de comportamientos arriesgados, que la posteridad, con seguridad, catalogará de heroicos.

En el ensayo *Soberanía monetaria y dominación colonial. El caso de la Nueva Granada siglo XVIII*, el profesor Oscar Rodríguez hace referencia al estudio de la moneda en sociedades en transición, que luchan por obtener su autonomía política con respecto al dominio colonial, y concretamente se refiere a la Nueva Granada de finales del XVIII y comienzos del XIX. Parte del reconocimiento de que para comprender los fenómenos económicos y el lugar que ocupa la moneda en esas sociedades el investigador debe colocarse en una perspectiva de análisis más amplia y flexible que la visión ortodoxa de las escuelas tradicionales de economía. Desde su óptica, la perspectiva adecuada sería la de considerar los estudios económicos como parte del gran campo de las ciencias sociales, lo que implica reconocer que la economía de las sociedades coloniales no funciona con reglas autónomas y autosuficientes, como si pudiera colocarse en un plano separado de los demás aspectos de la sociedad, y que tampoco puede entenderse únicamente, de manera definitiva, en el rol determinante de infraestructura de la sociedad, vista como la que determina las relaciones sociales, las ideologías o las mentalidades. Hace un reconocimiento explícito a la Escuela de los Annales y a su visión sobre la economía, pero también reconoce la concepción que tiene la Escuela de la Regulación.

Encuentro de gran interés la reflexión que nos plantea en su artículo el profesor Rodríguez, sobre todo porque, desde su perspectiva, nos invita a interrogarnos por el lugar que ocupaba la economía en las sociedades coloniales americanas de los siglos XVI, XVII y XVIII, pero también porque, como en su momento lo hiciera la Escuela de los Annales con respecto a la Edad Media, hace un importante hincapié en la perspectiva metodológica con que se deben abordar tales estudios. Primero Marc Bloch y, en un segundo momento, Georges Duby y Jacques Le Goff, señalaron de diferentes maneras que el historiador medieval debía despojarse de muchos prejuicios teóricos y metodológicos y buscar los caminos que le permitiesen escuchar las voces de los habitantes del medioevo. Dejar hablar a la Edad Media, implicaba reconocer que tal vez en este tipo de sociedades el factor económico no era el más importante, dado que se trataba, por lo menos durante la Alta Edad Media y el Feudalismo propiamente dicho, de sociedades, en su gran mayoría rurales, aisladas unas de otras, con un poder

político fragmentado al máximo, con una Iglesia católica como único poder unificador en el terreno de lo cultural, de lo ideológico y de lo político; sociedades en las cuales las preocupaciones por la salvación del alma y el miedo al más allá eran más fuertes e importantes que la idea de producir un excedente o de regularizar el comercio o de establecer un sistema de moneda. Como lo señaló Georges Duby, en su lección inaugural en la Cátedra de Edad Media en el año de 1972, para entender la Edad Media era necesario construir un modelo teórico y metodológico adecuado al tipo de sociedad que se pretendía estudiar.

Tanto Marc Bloch como Georges Duby, el primero en su hermoso trabajo *La Sociedad Feudal* y el segundo en sus diversos trabajos sobre las sociedades medievales, coincidían en la idea de que si se quiere comprender la Edad Media es necesario entender que lo más importante es indagar por el tipo de sociedad que allí se desarrolló, por el tipo de lazos sociales que se establecieron entre los diferentes estamentos. Pues desde la perspectiva de estos dos destacados medievalistas, la tarea central de los grupos humanos que habitaban el territorio que hoy se conoce con el nombre de Europa Occidental entre el siglo V y el siglo XV fue construir la sociedad, recomponer el tejido social, crear y fortalecer los lazos sociales, en una sociedad que debía recomponerse luego de la caída del Imperio Romano y de los efectos producidos por las sucesivas oleadas de invasiones ocurridas; y es por eso que Marc Bloch señala que la relación más importante entre los siglos VIII y XII, en Europa occidental es la relación hombre a hombre, es la relación entre dos hombres en la que existe una dependencia mutua, alimentada por la necesidad de protección de un lado y la necesidad de servidumbre del otro. El modelo para el estudio de las sociedades medievales, según Duby, sería posible a partir del replanteamiento del concepto de Historia Social, que, desde su perspectiva, resultaría de la integración de dos conceptos: cultura material y mentalidad colectiva; desde su óptica ninguno de los dos conceptos por separado lograría dar cuenta de la complejidad de la sociedad medieval. Desde mi perspectiva, los historiadores medievalistas franceses han puesto el dedo en la llaga al señalar que cada época de la Historia, que cada sociedad, necesitaría de la construcción de un modelo teórico y metodológico adecuado, a través del cual sea posible que la sociedad estudiada se exprese libremente, y no, como nos ha ocurrido muchas veces que primero buscamos los modelos teóricos y luego nos acercamos a las sociedades para aplicárselos, con el consabido resultado de que todas las épocas y sociedades resultan siendo la misma época.

Oscar Rodríguez deja planteada una sugestiva invitación a adelantar estudios sobre el periodo colonial y la Independencia, en los cuales se aborde el papel de la economía, del mercado y de la moneda, desde una perspectiva más abierta y sobre todo, intentando establecer relaciones más dinámicas entre los diferentes planos de la sociedad, en los cuales sea posible ver la moneda no sólo como el medio para la transacción económica, sino también ver en ella la expresión de aspectos sociales, culturales y antropológicos, miradas que permitirían enriquecer las visiones que se tienen sobre las sociedades coloniales.

En su ensayo *Los indígenas colombianos, de la Independencia al bicentenario: una memoria de exclusión*, Mauricio Archila Neira se pregunta si hay algo que celebrar en este Bicentenario, sobre todo

desde la perspectiva de sectores como los afrodescendientes o los indígenas de nuestro país. Y para empezar a responder esta pregunta, nos sitúa en el plano de la relación entre historia y memoria, como dos formas distintas de acercarse al pasado. Si bien su pretensión no es abordar la discusión acerca de estos dos conceptos, el énfasis que hace en la memoria histórica de los indígenas, en lo que estos compatriotas recuerdan de la Independencia, en el sentido que esta conmemoración tendría para ellos, nos sitúa en la perspectiva de la no neutralidad de los estudios históricos, y en la idea de que no podemos perder de vista a los diversos grupos sociales, a las diversas culturas que conforman la actual sociedad colombiana; pero sobre todo que no podemos olvidar el hecho crucial de que no existe una sola memoria histórica y colectiva sobre los procesos históricos vividos hasta el presente.

¿Qué recuerdan los indígenas caucanos o los afrodescendientes del Chocó acerca de su participación en los procesos de Independencia? Es la pregunta central del artículo del profesor Archila, cuya respuesta nos daría luces para responder a esa otra pregunta por el sentido de la celebración del Bicentenario. El carácter de estos interrogantes nos conduce a poner nuevamente sobre el escenario la antigua discusión acerca de la relación entre pasado, presente y futuro, sólo que en esta ocasión y gracias a los nuevos argumentos que trae a colación este ensayo, no se trataría de una simple discusión académica de esas que solemos entablar en seminarios y salones de clase, y que despachamos muy rápidamente apoyándonos en los planteamientos de diversos teóricos de renombre. La discusión tal como la plantea el profesor Archila en este artículo, introduce una variación interesante que consiste en llamar la atención sobre la memoria histórica de uno de los sectores implicados en el proceso de independencia.

El profesor Archila nos saca de esa aparente neutralidad valorativa que suele acompañarnos a la hora de examinar los procesos históricos al remitimos a la necesidad de indagar sobre el asunto con los directamente implicados. Vayan y pregúntenle a los indígenas del Cauca y a los afrodescendientes del Chocó y de otras regiones a ver qué piensan de la Independencia; averigüen qué sentido tiene la palabra independencia para ellos. Suele ocurrir con bastante frecuencia que los oficios se rutinizan, que nuestro quehacer se vuelve mecánico, que nos aprendemos de memoria los métodos, las teorías y los procedimientos, y en consecuencia las investigaciones y los resultados de las mismas se vuelven predecibles y carentes de vida. En ese aspecto no nos diferenciamos mucho de los médicos, que a lo largo de su larga práctica terminan ejerciendo su profesión de una manera rutinaria y mecánica, desempeño con el cual los más afectados resultan ser los pacientes, y claro que también los mismos galenos sufren las consecuencias porque su práctica poco analítica e imaginativa va acabando con los restos de pasión que les quedan por su profesión. Y no es que el profesor Archila esté proponiendo reemplazar la investigación histórica por la memoria histórica; desde mi perspectiva su llamado de atención es a repensar los modos de hacer historia, y por qué no a redefinir el concepto que tenemos de nuestro quehacer. Si nuestro objeto de estudio son las sociedades y la manera como construyen su vida a través del tiempo, por qué conformamos sólo con buscar fuentes escritas que nos hablen del pasado, como si ese pasado fuese un objeto muerto que no tuviese nada que ver con las sociedades del presente.

Empeñado en centrar nuestra atención en la importancia que puede tener la memoria histórica de los grupos sociales para la investigación histórica, el profesor Archila dice lo siguiente con respecto al carácter de la celebración del Centenario de la Independencia, el 20 de julio de 1910, en la Intendencia del Chocó:

“Como se ve, para nada aparecen los afrodescendientes o los indígenas, poblaciones que conformaban la mayoría de la intendencia. Pero también más que una conmemoración independentista parecía una celebración de la conquista de la “madre patria” con marcado acento religioso, aunque se incluyó una pequeña muestra ilustrada de plantar árboles de la libertad. Todo ello parecía muy consistente con el ideal regeneracionista de nación”²

Esta memoria de lo que fue el centenario de la Independencia para los diferentes grupos sociales y regiones del país, nos habla, entre otras cosas, del estado de desarrollo de la democracia en ese momento, de los niveles reales de participación de los diferentes sectores sociales en la vida del país. Esta imagen de la conmemoración deja la impresión de que tanto a los indígenas como a los afrodescendientes se les organizó la celebración y se les invitó a llenar la plaza. Valdría la pena preguntarse si cien años después, no estaremos en las mismas condiciones: los que tienen motivos para celebrar lo hacen e invitan a los demás a llenar las plazas, sin preguntarles qué sienten o qué piensan al respecto.

Nos recuerda Archila que en el periodo de la Regeneración, contexto en el cual se llevó a cabo la conmemoración del Centenario, se impuso una idea de nación homogénea, fundamentada en la herencia católica española y encarnada en la élite blanca y trae a colación la ley 89 de 1890, que para el autor tiene un claro sentido “paternalista” de “civilizar” al indígena. Esta ley considera al indígena menor de edad para efectos económicos, conservando los resguardos para los indios civilizados y a los que están en las Misiones, los sitúa por fuera de la constitución.³

Consecuente con la idea de recurrir a la memoria viva de los indígenas para averiguar por el sentido que tiene la Independencia para ellos, el autor dice lo siguiente:

“Los indígenas caucanos no tienen mucha memoria sobre la Independencia, recuerdan más el tiempo precolombino o el traumático proceso de conquista y colonización. Algunos indígenas participaron del lado patriota, pero en general en ese periodo, tanto las autoridades civiles como eclesiásticas, los dejaron tranquilos.”⁴

Pero es que el ensayo de Mauricio Archila no sólo llama la atención sobre la importancia y la necesidad de tener en cuenta la memoria que guardan los indígenas de la Independencia y, en general, su versión de la historia del país del que hacen parte, con miras a la construcción de una nueva historia social de nuestro país, sino que advierte sobre las posibles consecuencias de esa conversación para las partes implicadas. Aquí no sólo están en juego el contenido del recuerdo, sino también, y

2 Mauricio Archila, pág. 490.

3 Ibid., pág. 485.

4 Ibid., pág. 483.

principalmente, la idea del tiempo y de la memoria que tienen estos colombianos.

Para los indígenas del Cauca, la memoria de su historia no es vista de manera lineal y progresiva, como el recuerdo o como la conciencia de algo que pasó y que se quedó en el pasado. La memoria cumple el importante papel de mantener viva la experiencia y la sabiduría de los ancestros. Esta visión circular del tiempo y de la memoria, que coloca el pasado en el presente y el presente en el pasado, iría en contravía de la concepción de progreso y de modernidad de Occidente, en cuanto considera que los valores, las vivencias y las experiencias fundamentales para la cultura están en sus orígenes, y no como Occidente cree que se viene del atraso y que se avanza hacia el progreso en pos de una utopía y de una promesa que está por cumplirse y que es cada vez más lejana.

Reflexionar sobre los significados de la Independencia y sobre los sentidos de su conmemoración en tiempos del Bicentenario, me parece una buena manera de celebrar los cincuenta años del Departamento de Historia de la Universidad de Colombia, sede Bogotá. Es tan rico, amplio y variado el espectro de temas y de problemas con los que se encuentra el lector al abordar los dieciséis artículos contenidos en este libro de 648 páginas, que resulta imposible dar cuenta en una intervención de la magnitud de este trabajo. Sólo espero que mis cuatro reflexiones sirvan para despertar el interés del público asistente por la lectura cuidadosa de esta interesante compilación. A través de estas páginas me uno a la conmemoración del departamento de Historia, del cual también me siento haciendo parte, como egresada de la maestría, y le deseo muchas décadas más de trabajo fructífero.

Ana Luz Rodríguez González

Bogotá, jueves 22 de noviembre de 2012
Biblioteca Nacional, Auditorio Aurelio Arturo